

caces y de corte progresista —el último fichaje, Joan de Segarra, para Cultura, ahorra por sí solo cualquier explicación—. Socías ha ido limando su antigua imagen, no particularmente dañada por haberse visto obligado por el movimiento obrero a ser un funcionario sindical de diálogo, hasta el punto de que se le conceden hoy muchas posibilidades de ser alcalde en el futuro, sobre todo por ser un técnico-político que tanta falta hace en el Ayuntamiento de Barcelona. ¿Pero cómo va a ser alcalde Socías si se niega a entrar en UCD ni como ministro y se consideraba hasta hace poco "militante del PSP sin carnet" con los socialistas del PSC-PSOE en contra?

La solución podría ser esta: con algunos meses más de gestión y de cambio de imagen, Socías puede hacerse bueno para la candidatura pujolista, y quién sabe si para la socialista, ya que todo el mundo lo cree cuando dice que nunca irá con la UCD. Si aquellos dos partidos no terminasen de decidirse, Socías puede presentarse como independiente por su cuenta, que para eso tiene un equipo de un centenar largo de cuadros, a modo de partido de estar por casa. Y como podría hacer mucho daño al centro-derecha y centro-izquierda, aunque no ganase, alguien terminaría reclamándole en su lista.

Sólo la UCD, indignada por no poder incluir al viejo amigo en sus planes, puede lograr desde el Gobierno que Socías no sea alcalde en el momento de las elecciones. Y en ese sentido se interpretan las zancadillas económicas que se le ponen desde Madrid y el incumplimiento de las promesas de apoyo que se le hicieron para convencerle de que debía sustituir al alcalde Viola.

Si Socías va a terminar en lista ajena, el Gobierno no quiere engordar otras vacas facilitando su gestión, por lo que podría reforzar su dimisión para sustituirlo por algún José Luis Álvarez a la catalana. El problema es que, por no tener, no tienen en Barcelona ni un José Luis Álvarez, dicho sea con todo respeto. ■



Mientras los peneuvistas vuelven sus ojos al lendakari Leizaola, los socialistas se aferran a la figura de Ramón Rubial. En la foto, el presidente del Gobierno Vasco en el exilio, Leizaola, reunido con la plana mayor del PNV.

EUSKADI

LOS SOCIALISTAS Y LOS NACIONALISTAS, DE OCA A OCA

ARAXES

Si la violencia en el País Vasco se mide por el número de disparos efectuados en sus calles y plazas, podemos clasificar a la pasada semana entre las de violencia media: Si en la madrugada del sábado día 20 se ametralló la comisaría de la localidad vizcaína de Santurce, donde se mostró la eficacia de los cristales antibala, en San Sebastián ocurrió el domingo lo que se presumía de antemano y habían denunciado ya numerosos partidos políticos de la capital donostiarra: Las armas llegaron en esta ocasión a San Sebastián desde Valladolid, Madrid y otros puntos del Estado, junto con los seguidores de Blas Piñar. Estas armas habían hecho ya su aparición en las calles donostiarra el sábado por la noche, "protegiendo" la colocación de carteles anunciadores del mitin de Fuerza Nueva. Después de los sucesos de San Sebastián, donde los disparos efectuados hirieron a un joven de dieciséis años y causaron daños en viviendas y vehículos cercanos al punto de concentración, el propio Gobierno Civil de Guipúzcoa terminará su nota oficial lamentando estos hechos "en una población que viene demostrando crecientemente su rechazo a tanta violencia y que es ajena a la organización de actos cuyos asistentes proceden en su

mayoría de otros puntos y regiones de España".

También los obispos vascos han mostrado su preocupación por el tema de la violencia en el transcurso de una reunión a la que asistieron los preladados de las Diócesis de Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, con la ausencia del obispo de Vitoria, ya tradicional en este tipo de reuniones que analicen la realidad actual. En la que tuvo lugar el pasado sábado, los obispos vascos realizaron un extenso examen de todos los factores que originan el ambiente de tensión en nuestra sociedad.

Símbolos y realidades

Durante la semana, la tensión ha aumentado en el frente político. En estos momentos se registra un fuerte mar de fondo en las aguas del Consejo General Vasco y en las del Gobierno vasco en el exilio. En medio de la tormenta ha surgido, además, la imagen del honorable Tarradellas, al que los vascos empiezan a considerar como uno más de la familia, aunque esto no signifique, claro está, que se vean con buenos ojos sus continuas intervenciones en la conversación familiar. Y, junto con Tarradellas, el nombre y el cargo del lendakari Leizaola ha saltado también a la palestra de las comedillas

políticas, sobre todo a las celebradas en los círculos socialistas, que parecen apuntar sus baterías a minimizar el valor que hoy pueda tener el Gobierno vasco en el exilio.

Los círculos del PNV, a su vez, hacen otro tanto respecto al papel real que hoy tiene el Consejo General Vasco, presidido por el socialista Ramón Rubial.

En el fondo de las renovadas tensiones entre el Consejo General Vasco y el Gobierno vasco en el exilio, se debate la voluntad —y por ahora la incapacidad— de ambas instituciones por hincarle el diente a los problemas vascos; entre ellos, el de la violencia armada. Y en la dudosa credibilidad que para el pueblo vasco "de a pie" puedan ofrecer ambas instituciones. El hecho de que, tanto la presidencia como la cartera del interior del CGV sean del PSOE y que, ante ellos, en el Gobierno vasco el presidente y las simpatías del mismo sean del PNV, delimita bien a las claras los campos respectivos. Mientras los peneuvistas vuelven sus ojos hacia el lendakari, los socialistas se aferran a la figura de Ramón Rubial. La entrevista de Tarradellas con Leizaola y la posterior reunión del presidente del Gobierno vasco con la plana mayor del PNV, ha sentado fatal a los socialistas, que muy pronto

**LOS 18
VOTO VOTO VOTO**

